EN LA TUMBA

DEL DISTINGUIDO POETA GUANAJUATENSE

D. JUAN VALLE.

Del valle silencioso,
Mansión de los amores,
Do en plácida quietud rodó tu cuna,
A verte vengo al asomar la luna,
Trovador de las fuentes y las flores.
Escucha cariñoso
Las tiernas armonías
Que en otro tiempo con placer oíste;
Tal vez te arrullen con mi canto triste
Dulces recuerdos de pasados días.

De aquellas magestosas
Montañas escarpadas
A estos valles me arrastra mi destino,
Como arrastra el airado torbellino
A las pálidas flores deshojadas.
Yo hablé con las hermosas
Que tu esperanza fueron,
Yo allí tu nombre murmuré pasando,
Y en las grutas los ecos suspirando
Mi angustiosa querella repitieron.

Yo soy el que al abrigo
De la amistad sincera,
Llorando junto á tí te dió consuelo,
Y he visto triste en tu nublado cielo
Morir la luz de tu ilusión postrera.
Yo recorrí contigo
Las rústicas cabañas,
Estrechando tu mano con mi mano;
Yo soy tu amigo fiel, yo soy tu hermano;
Yo soy el trovador de tus montañas . . .

No me oyes ¡ay! mi canto
En vano aquí resuena;
Lanzo en vano suspiro querelloso,
Que en eterno silencio pavoroso
De espanto y de dolor el alma llena;
Tu rostro está sin llanto,
Tu corazón inerte,
Y aspirando narcótico beleño
Inmóvil duermes el eterno sueño
En el triste regazo de la muerte.

Ya nunca tus cantares
En nuestro bosque umbrío
Alegres sonarán, como sonaban
Cuando un tiempo feliz me despertaban
En las tibias mañanas del Estío.
Ya nunca mis pesares
Mitigará tu acento;
Que entre cipreses fúnebres tu lira,
Sólo en la noche lánguida suspira
Al rumor melancólico del viento.

Tu ausencia pesaroso,
En trova lastimera
Lloro en tu tumba ¡oh bardo! y mi destino,
Porque tú, venturoso peregrino,
Llegaste al fin á la feliz ribera.
Dichoso tú, dichoso,
Que al elevar tu vuelo
Lejanas á tus pies miras las nubes,
Y escuchas la canción de los querubes,
Y abres tus ojos á la luz del cielo.

Dejaste de la tierra
La triste noche oscura,
Las deshojadas flores, la esperanza,
Anhelo inútil que jamás se alcanza
Y es germen del dolor y la amargura.
Dejaste aquí la guerra
Que el corazón nos hiere;
Las tormentas que rápidas se agitan,
Por las flores que nunca se marchitan,
Por el radiante sol que nunca muere.

La sombra que á tus ojos
Fatídica envolvía,
Por la muerte se mira disipada,
Y hoy contemplas con ávida mirada
La patria de la paz y la alegría.
En tanto yo entre abrojos
Que honda ansiedad me inspiran,
Voy cruzando el desierto tristemente,
Sin hallar una palma ni una fuente . . .
¡Ay! infelices los que aquí suspiran.

Si la calumnia impura
Vuelve á ultrajar tu nombre:
Si no hallas ni una flor ni una plegaria,
¿Qué te importa en la tumba solitaria?
¿Qué importa aquí la ingratitud del hombre?
Dará á la edad futura
La patria tu memoria;
Pues ella te ama porque fué tu amada,
Y hoy alumbra su frente ensangrentada
El espléndido rayo de tu gloria.

Reposa en paz tranquilo,
Que si en mis ansias locas
Volviere alguna vez de tus verjeles,
Las hojas te daré de sus laureles
Y las agrestes flores de sus rocas.
De este piadoso asilo
Donde tu sombra vaga,
Conmovido me alejo tristemente,
Que la luna se acerca al Occidente
Y su luz melancólica se apaga.

Voy á mirar amante
Nuestros risueños prados;
Adiós, por siempre adiós, y en paz reposa:
Yo besaré la tumba silenciosa
Donde duermen tus padres olvidados.
Y atravesando errante
Las fértiles campañas,
Cuando canten los tiernos ruiseñores,
Yo entonaré, llorando entre las flores,
Los himnos de tu amor en tus montañas.

Panteón de Belem. Guadalajara, Octubre 25 de 1865.

UN PENSAMIENTO.

En el álbum de la simpática poetisa Isabel A. Prieto.

SONETO.

La faz doliente, la mirada incierta,
Una pálida virgen suspirando,
Y abrigo en vano con afán buscando,
Cruza la vida estéril y desierta.

Ten piedad de sus lágrimas, despierta,
Su llanto enjuga con cariño blando,
Que es mi amistad ¡oh niña! que llorando
Con dulce timidez llama á tu puerta.

Ni un astro bienhechor grato fulgura;
Abre, que ruge con furor el viento
Y está la noche oscura, muy oscura.

Mañana va á partir, oye su acento,
Que á darte viene ¡oh niña! con ternura,
El llanto de un adiós, y un pensamiento.

Guadalajara, Noviembre 6 de 1865.

FANTASÍA.

Cuando apacible, y tímida, y hermosa,
Tristemente la infancia me veía,
Y amante y cariñosa
Su último "adiós" llorando me decía,
La altiva juventud aparecía
Plácida y bella cual la luz naciente:
En su mirada ardiente
De la ilusión brillaban los fulgores,
La esperanza en su faz resplandecía,
El placer le prestaba sus colores
Y espléndida y gentil me sonreía,
La sién ceñida de fragantes flores,
Buscando amor y derramando amores.
Al mirar su magnífica hermosura,
"Cuánto te amo," le dije con ternura;
"¿No es verdad que del cielo has descendido,
Que á darme calma en mi aflicción viniste?
"¿No eres la dicha?" murmuré á su oído.
—"No soy," me dijo con acento triste.

Ví á la amistad después, cándida y bella,
La quietud derramando y el consuelo,
Y en mi amoroso anhelo
Seguí gozoso su inconstante huella.

Pensaba hallar en su apacible calma
Luz que alumbrara mi existir sombrío,
La dulce paz del alma,
La fe que aleja el matador hastío.
Busqué con ansia sus divinos lazos,
Y al estrecharla inquieto y suspirando,
"Tú eres la dicha," murmuré en sus brazos.
—"No, no," me dijo, y se alejó llorando.

Pensé en la gloria y la miré á lo lejos,
Ceñida de laurel la hermosa frente,
Espléndida, inmortal y placentera,
Las oscuras tinieblas disipando.
Al olvido á sus pies encadenando,
Radiante en juventud, bella y ardiente,
El porvenir mostrando lisonjera,
Hermosa como el sol, resplandeciente,
Feliz, cruzando la azulada esfera.
La vi, y ardiendo en su inmortal cariño,
Busqué la calma en su amoroso seno,
Cual busca amante, de delicias lleno,
El seno maternal el tierno niño.
Al mirar conmovido su guirnalda,
"Tú eres la dicha," murmuré contento;
Y entonces ella me volvió la espalda
Y la vi disiparse con el viento.

Vino el amor al fin con sus encantos,
Con su engaño falaz, con su ternura;
Lo ví, lo contemplé, sentí su fuego,
Seguí con ansia su voluble giro,
Quise entonar al verle un dulce canto;
Pero ¡ay! el alma se deshizo en llanto,
Y, trémulo y sin voz, lancé un suspiro.

Era un niño muy bello, muy gracioso,
Y extasiado mirando su sonrisa,
"Tú eres la dicha," murmuré gozoso.
—"No soy," me dijo prorrumpiendo en risa.

Desde entonces, herido y vacilante,
Pensando triste en la ilusión perdida,
Crucé, cual ave errante,
El infecundo valle de la vida.
Al extremo sentada del camino
Vi una mujer doliente y misteriosa,
De un ciprés á la sombra suspirando,
Demudada la faz, mustia y llorosa,
Con tristeza el espacio contemplando.
Vi en silencio el dolor de su amargura,
Y al comprender su duelo,
—"¿Dónde, exclamé, se encuentra la ventura?"
—"Yo soy, me dijo señalando el cielo,
"Yo endulzaré tu suerte;
"Vén á mí, vén á mí." —Y era la muerte.

Guadalajara, Octubre 16 de 1865.

SONETOS.

I.

Cual va de flor en flor la mariposa
Al leve soplo de la dulce brisa,
De un amor á otro amor vaga indecisa
Gozando sin cesar mi alma amorosa.

Más amante que Laura y más hermosa
Si está á mi lado me parece Elisa,
Y si miro de Laura la sonrisa
Me parece que es Laura más graciosa.

En vano el alma á su pasión resiste;
La luz, la dicha del soñado cielo
Ya sin Elisa para mí no existe;

No hallo sin Laura á mi dolor consuelo;
Cuando estoy sin Elisa estoy muy triste,
Y en tan inquieto afán no sé que anhelo.

1866.

II.

Si amor Elisa al corazón inspira,
También goza con Laura dulcemente;
Si Elisa tiene la mirada ardiente,
También Laura me abrasa si me mira.

Si hoy el amor de Elisa el alma inspira,
También busca el de Laura tiernamente;
No sé qué por Elisa el alma siente,
Y por Laura no sé por qué suspira.

Cariñoso á la vez sigo sus huellas,
Y á las dos les consagro mis amores,
Y á un tiempo busco sus miradas bellas,

Cual se buscan á un tiempo dos colores,
Cual se busca la luz de dos estrellas,
Cual se busca el perfume de dos flores.

1866.

ITURBIDE.

SONETO.

Libertador de un pueblo, que admirando
Su valor y sus triunfos, lo adoraba;
En un sólio magnífico se hallaba
Sus espléndidas glorias recordando.

Mas vió bien presto que la paz turbando
La discordia fatal su frente alzaba,
Y cual negra tormenta se agitaba
Miseria y muerte y orfandad sembrando.

"Nunca, entonces clamó, nunca el tesoro
Se pierda de la paz; nunca doliente
Quiero á mi patria ver bañada en lloro."

Y heroico y grande con su amor ardiente,
Arrojando la púrpura y el oro,
Arrancó la diadema de su frente.

León, 1866.

MUERTE DE MOTECUHZOMA.

SONETO.

—"Que huya ese pueblo que se agita ardiente,
Cortés le dice al rey, sólo deseo."
—"A mi lado venid, calmarle creo;"
Y el monarca lo sigue complaciente.

Vé en el muro que humilde y reverente
La turba mira su imperial trofeo;
Luego, escucha ruidoso clamoreo
Y una piedra veloz hiere su frente.

Tiembla entonces, vacila, y se abandona
A su angustia el monarca mexicano;
Vé á su pueblo después y le perdona;

Y alzar queriendo la convulsa mano,
Mira rodar su cetro y su corona
A los pies del guerrero castellano.

León, 1866.

INDIFERENCIA.

SONETO.

Ya no pienso en gozar; todo me hastía;
Ni puedo aborrecer, ni tengo amores,
Y no temo del hado los rigores
Ni en el hogar desierto, ni en la orgía.

Ya son iguales para el alma mía
Tristes abrojos y fragantes flores;
Miro iguales las sombras, los fulgores,
La oscura noche y el brillante día.

Ya no tengo ambición; ya no me mueve
De la gloria el encanto irresistible,
Y el alma apenas á pensar se atreve.

Ya para mí la dicha es imposible;
El ansia del placer no me conmueve,
Y al llanto y al dolor soy insensible.

León, 1866.

SONETOS.

I.

¡Cuán hermosos los bosques, y cuán bellos
El verjel y los valles contemplaba,
Cuando lirios azules yo buscaba
Del expirante sol á los destellos.

Viendo Elena los lirios iba entre ellos
Y al hallar el más bello lo besaba,
Y al mirarle y mirarme suspiraba
Enlazándole al fin en sus cabellos.

Hoy el verjel que amé, la selva umbría,
Y el valle ameno, y la tranquila fuente,
Contempla sin placer el alma mía;

Y á la postrera luz del sol poniente,
Lirios hallo doquier, sin alegría,
Y los huello al pasar indiferente.

León, 1866.

II.

Cuando errante entre zarzas y entre abrojos
Solitario vagaba tristemente,
Siempre Elena á mi amor indiferente
Escuchaba mis ruegos con enojos.

Ni una sonrisa de sus labios rojos
Dulce calmaba mi afanar doliente,
Y al verla ansioso con amor ardiente,
Siempre apartaba sus divinos ojos.

Mas si acaso en la siesta sosegada
Con alguna zagala me veía
A la sombra llegar de la enramada,

De despecho y amor palidecía;
Y era entonces muy tierna su mirada,
Y amante y con placer me sonreía.

León, 1866.

III.

Magnífico esplendor, regio decoro
Daba al alcázar su imperial belleza;
Mas vi al rey que inclinando la cabeza
Derramaba en silencio amargo lloro.

¡Desventurado rey! ¡Vano tesoro. . . !
Pensé la dicha hallar en su grandeza
Y encontré solamente la tristeza
Medio oculta en la púrpura y el oro.

En la choza olvidada, en la montaña,
Vi una zagala que feliz reía,
Lejos del mundo y á su afán extraña.

Siempre en la dulce paz se halla alegría;
Pensé hallar la tristeza en la cabaña,
Y era la dicha la que allí vivía.

León, 1866.

MI DESEO.

Nunca alcanzar pretendo la memoria
Que alcanza el genio que se eleva al cielo;
Ni al héroe envidio que entre llanto y duelo
Ciñe el lauro inmortal de la victoria.

Del rey altivo la brillante gloria
Y el esplendor magnífico no anhelo;
Ni en el afán del oro me desvelo
Que es el placer que da, dicha ilusoria.

Amarte ¡oh niña! y en la siesta ardiente
En tu mano beber el agua fría
Que corre undosa de la clara fuente;

Tu cuello acariciar con alegría,
Sentir tus besos y besar tu frente,
Es la gloria que anhela el alma mía.

1866.

DEJADME AQUÍ LLORAR.

Más que altivos palacios esplendentes,
Dulces y hermosos son al alma mía,
Mi ribera natal, mi selva umbría,
Con sus rocas, sus palmas y sus fuentes.

Al rumor de las plácidas corrientes,
Llorar y suspirar es mi alegría;
Que otros apuren en ruidosa orgía
De espumoso licor copas hirvientes.

Yo quiero aquí mirar los ruiseñores
Que inquietos cruzan el risueño prado,
Cantando como yo tristes amores.

Dejadme aquí vivir siempre olvidado,
Dejadme aquí llorar entre mis flores,
Que el llanto es el placer del desgraciado.

León, 1866.

LA CORTESANA.

Miradla en el festín. Mil amadores
Ardorosos la cercan un instante,
Y ella, inquieta también, vaga inconstante
Sus acentos oyendo engañadores . . .

Destrozadas sus galas y sus flores,
Marchito el corazón, mustio el semblante,
Sale al fin conmovida, palpitante,
Desalentada, y triste, y sin amores.

Se alza entonces del lecho en que reposa
Tranquilo el labrador, y placentera
Le sale á despedir su dulce esposa.

La cortesana en tanto huye lijera;
Llega á su hogar, doliente y silenciosa,
Y nadie ve su afán, nadie la espera.

1866.

HOMERO.

En la ruidosa Atenas, un mendigo,
Sin apoyo y sin luz, débil y anciano,
Tendiendo ansioso la convulsa mano
Demandaba un consuelo y un abrigo.

Piadoso el pueblo, de su afán testigo,
Por sus cantos un pan le daba humano;
Pero ¡ay! mil veces lo imploraba en vano
Sin hallar á su paso un techo amigo.

Ciega entonces la Grecia, no sabía
Que al Asia, á Europa, al universo entero
Del mendigo la voz conmovería.

Que aunque en su propia patria era extranjero
Y olvidado los pueblos recorría,
Aquél anciano se llamaba Homero.

1866.

ALEJANDRO.

Joven y ardiente, de ambición sediento,
Alejandro se apresta á la victoria;
Y de ilustres hazañas la memoria
Llena su altivo corazón de aliento.

Infundiendo á las huestes su ardimiento
De la futura edad piensa en la historia,
Y entre sueños espléndidos de gloria
Deja libre volar su pensamiento.

Sus magníficas joyas, campos y oro,
Al partir distribuye placentero;
Y al ver que á todos su favor alcanza,

"¿Si así, ¡oh rey! abandonas tu tesoro,
Qué dejas para tí?" dice un guerrero.
Y Alejandro contesta: "la esperanza."

León, 1866.

LA FLOR DORMIDA.

Mil vaporosas y flotantes nubes,
De pálido color,
Interceptan los rayos esplendentes
Del encendido sol.
Dulce silencio por doquier derrama
Benéfico sopor;
No se oye ya de la paloma triste
La conmovida voz.
Amante el aura, con cariño besa
El seno de una flor;
Y la rosa se arrulla blandamente
Con sueño de ilusión.
Conmovida al contacto misterioso
Suspira con amor,
Y sintiendo los besos ya no siente
Que ruge el aquilón.
No duermas ¡ay! que la tormenta llega,
No duermas, pobre flor;
No duermas ¡ay! que el desengaño viene,
¡Despierta, corazón!

1859.

GUERRERO.

SONETO.

En los montes del Sur, Guerrero un día,
Alzando al cielo la serena frente,
Animaba al ejército insurgente
Y al combate otra vez lo conducía.

Su padre en tanto, con tenaz porfía,
Lo estrechaba en sus brazos tiernamente,
Y en el delirio de su amor ardiente
Sollozando á sus plantas le decía:

—"Ten piedad de mi vida desgraciada;
Vengo en nombre del rey, tu dicha quiero;
Poderoso te hará, dame tu espada."

—"¡Jamás!" llorando respondió Guerrero;
"¡Tu voz es, padre, para mí sagrada;
Mas la voz de mi patria es lo primero!"

México, 1864.

SONETO.

La ví, la ví muy bien; pálida estaba
De amor llorando la hermosura ardiente;
Y al través de celada refulgente
Vi que el llanto el guerrero me ocultaba.

Vi al mendigo que triste sollozaba
Tocando el suelo su abatida frente;
Y en su áureo trono, como el sol luciente,
Vi al rey altivo que también lloraba.

Doquier la angustia y el dolor mirando,
¿En dónde se halla el bien que tanto anhelo?
Exclamé con tristeza sollozando.

Vió la fe mi profundo desconsuelo,
Y cariñosa y tierna suspirando
Alzó la mano á señalarme el cielo.

León, 1865.

LA ESPERANZA.

En las rocas del árido camino
Piensa el viajero hallar la clara fuente,
Y entre la arena del desierto ardiente
Sueña ver una palma el peregrino.

Así, anhelando espléndido destino,
Cuando llora en la tierra amargamente,
Siempre acaricia el alma dulcemente
La esperanza feliz de un bien divino.

Así yo, errante con destino incierto,
Espero hallar al fin la dulce palma,
Y en gozo y dicha mi dolor convierto.

Bendigamos á Dios que el duelo calma;
Que cual puso la palma en el desierto,
La esperanza inmortal puso en el alma.

León, 1866.

SONETO.

Efímero placer, gloria mentida,
Pavoroso desierto en noche oscura,
Donde siempre es un sueño la ventura
Y es sólo cierta la ilusión perdida.

Mar de eternas tormentas combatida
Bajo un cielo sin astros ni hermosura,
Desengaño, aflicciones, amargura,
Llanto, inquietud, afán; he aquí la vida.

Mas bendecid á Dios, Padre amoroso
Que en dicha y gloria nuestro afán convierte,
Al pasar este sueño fatigoso.

Él hará muy hermosa vuestra suerte,
Y en su seno os dará dulce reposo,
A la luz apacible de la muerte.

León, 1866.

SONETO.

¿A dónde el alma vá? . . Volar la siento;
Deja el oscuro valle, el bosque umbrío,
Pasa el torrente del lejano río
Y el monte cruza como el raudo viento.

Como el águila escala el firmamento,
Y se agita incansable en el vacío . . .
Al fin te mira á tí, y en tí, Dios mío,
Sólo en tí se detiene el pensamiento.

Deja la tierra estéril, y se olvida
De sus marchitas flores y sus palmas,
Y á tí se eleva ¡oh Dios! el alma herida;

A tí, que amante sus pesares calmas,
Porque tú eres la luz, tú eres la vida,
Tú eres, Señor, el centro de las almas.

León, 1866.

SONETO.

Otros hallan placeres y alegrías,
Yo sólo encuentro soledad y enojos:
Del desengaño son, tristes despojos,
¡Ay! las risueñas ilusiones mías.

Noches de horrible insomnio, amargos días
Han llenado de lágrimas mis ojos,
Y en vez de blancas flores hallo abrojos,
Sonrisas de desdén, miradas frías.

Triste como las sombras es mi suerte;
No hallo en mi erial desierto ni una palma,
Llanto de amor en vano el alma vierte.

Sin consuelo y sin luz, sin fe y sin calma
Las angustias devoro de la muerte,
Porque es la muerte la orfandad del alma.

León. Enero, 1867.

JERGES.

SONETO.

El tirano de Persia una mañana
Su fabuloso ejército veía,
Pensando que á su voz obedecía
Aquella inmensa polvareda humana.

Para aumentar su gloria soberana
El monte excelso ante sus pies undía,
Y encadenando al mar se sonreía
La soberbia del mar juzgando vana.

Mas de repente con terrible acento:
"En cien años, clamó, tristes despojos
Será esa multitud que alegre miro."

Y abismado en su amargo pensamiento
Ardiente llanto oscureció sus ojos,
Y trémulo y sin voz lanzó un suspiro.

1867.

¡CUÁN BREVE ES EL PLACER!

SONETO.

Ayer brillando, tras la enhiesta loma,
Iluminaba el valle el sol naciente,
Y cantaban las aves dulcemente
Del misterioso amor en el idioma.

Las flores daban delicado aroma;
Dulces ecos llenaban el ambiente,
Y en la musgosa margen de la fuente
Suspiraba amorosa la paloma.

Hoy el valle está mustio y sin colores,
Ya no hay musgo en las márgenes umbrías
Ni hay un ave que cante sus amores.

Cuán breves son ¡oh Dios! las alegrías:
¡Cuál se marchitan las lozanas flores!
¡Cuán presto pasan los hermosos días!